

Opinión

EN CARICATURAS

Niños del Chocó



Construirán Museo de Memoria



El diablo en la cocina



Sobre un arte
Sergio Ramírez

El marqués de Queensbury, inventor de las reglas del boxeo, se indignó al descubrir la pecaminosa relación de su hijo con Oscar Wilde, alrededor de la cual la maledicencia tejía su alegre red en Londres. Entonces, muy al estilo británico, le dejó con el conserje de su club una nota: "Para Oscar Wilde, ostentoso sodomita (sic)".

Demandó por injurias al marqués, y el sonado juicio, que tuvo lugar en 1895, se volvió contra el acusador, al punto de que fue condenado a prisión. Un juicio de la sociedad victoriana, estrictamente hipócrita, en contra del homosexualismo como vicio y pecado capital.

En *El perfeccionista en la cocina*, el novelista Julien Barnes recuerda el interrogatorio que, durante la vista del juicio, Wilde sufre de parte del abogado acusador acerca de sus relaciones con Edward Carson, un tratante de efebos. Y el arte de cocinar salta de por medio:

"¿Cocinaba él mismo?", pregunta el abogado. "No lo sé", responde Wilde, "nunca he comido en su casa". "¿Quiere decir que no sabe que Taylor cocinaba él mismo?", insiste el otro. "No, y si lo hacía, no me parecería mal. Más bien me parece inteligente... cocinar es un arte". Y el público congregado en la sala ríe.

Un hombre metido en la cocina es necesariamente un homosexual, o al menos un afeminado. La cocina es el reino de las mujeres a las que desde niñas se enseña a guisar, a bordar, a zurcir, tocar el piano y cantar; a callar, y a obedecer.

La palabra 'cuque', un anglicis-

mo como tantos en la lengua tan híbrida de Nicaragua, implicaba burla solapada. Quizás en los barcos de vapor que surcaban el Gran Lago, la presencia de un cuque se justificara, pero no en tierra firme. Y las primeras en rechazar esa presencia eran las cocineras robustas y mandonas, dueñas absolutas de las cocinas, y quienes proclamaban la incompatibilidad de los sexos en los asuntos culinarios.

Por eso, en mi infancia me mantuve lejos de la cocina. Y por eso me convertí en un cocinero teórico, que es como me califica mi mujer, alguien que solo habla con gusto de la comida, conoce los registros de los sabores, y puede describir los ingredientes de un plato. El machismo me sacó de la cocina.

Aunque quizás no deba exagerar. En casos de extrema necesidad, cuando me ha tocado vivir fuera de Nicaragua, he cocinado con algún éxito, en Berlín, en Los Angeles, en Cambridge, mi mujer ocupada en clases de pintura, o de idiomas; apartamentos pequeños donde no hay sino pocos pasos entre la mesa de escribir, la cocina, y la mesa de comer. Y he aprendi-

do, también, y que no desmerezca, a lavar los platos.

En Berlín, en los años setenta, un amigo venezolano que había estudiado música en la Academia de Santa Cecilia, y había terminado estirando la masa con el bolillo en una pizzería en Roma, me enseñó a hacer pizzas, empezando por la masa; el principal secreto, hacerla crecer al calor del aparato de la calefacción.

E intentaba también, por pura nostalgia, la muy nicaragüense sopa de mondongo, para agasajar a los compatriotas que nos visitaban los domingos. El carnicero me miraba extrañado cada vez que iba por los cinco habituales kilos de mondongo, hasta que no se resistió y me preguntó cuántos perros tenía, pues los berlineses no conocen, como alimento humano, las delicias de los callos.

Hoy nadie discute que la cocina es un arte, y los grandes chefs no solo son artistas reconocidos, sino científicos que experimentan la deconstrucción de sabores en complejos laboratorios, como el célebre Ferran Adrià, o tienen tanto prestigio, como Gastón Acurio, para que su nombre suene como candidato presidencial en Perú.

Hay que acordarse siempre, en fin, de Balzac, cuando dice en su *Fisiología gastronómica* que "todos los hombres comen, pero son pocos los que saben comer. Todos los hombres beben; pero menos aún son los que saben beber. Hay que distinguir entre los hombres que comen y beben para vivir, de los que viven para comer y beber...".

www.sergioramirez.com



Tubo de ensayo
Thierry Ways

Del capitalismo al capitalismo

El mundo no se dio cuenta, pero el 'socialismo del siglo XXI' quizá llegó hasta la semana pasada. Terminó, como dijo T. S. Elliot en *Los hombres huecos*, "no con un estallido, sino con un gemido".

El gemido lo emitió el propio Nicolás Maduro en una jornada televisada llamada 'Miércoles productivo': no sé qué harán los otros días de la semana. "No podemos regalar nada", sentenció, refiriéndose a un programa social para repartir zapatos (que hace parte del 'plan Z' para la producción de calzado, no me lo estoy inventando). "Al pueblo le gusta pagar su cosa (sic)... la gente tiene que aprender a pagar por lo que vive (sic), por lo que tiene, tenemos que crear la cultura del esfuerzo, del trabajo, del logro... icero regalado!".

"Cultura del esfuerzo". "Del logro". ¿Algún duende capitalista habrá cambiado los tomos de Marx y Piketty en la mesa de noche de Nicolás por unos de Mises y Rand?

No es la única brecha que le ha aparecido a la armadura chavista. El dólar, moneda del imperio, se ha convertido en el medio de intercambio de preferencia en el comercio ante la imparable depreciación del bolívar. Los controles de precio que tanto emocionaban a Chávez han sido relajados o ignorados, y eso, junto con la flexibilización de la política cambiaria, ha permitido que los anaqueles vuelvan a llenarse de mercancías. Eso sí, todas importadas y al alcance de pocos.

Entre esos pocos está la camada de los ultramillonarios: empresarios 'enchufados' al Gobierno, lavadores de dólares, contrabandistas, narcotraficantes, propietarios de burdeles y casinos clandestinos -capitalistas todos, al fin y al cabo- que se pavonean por sectores de Caracas en Ferraris y Lamborghinis, con la ordinareza característica de quienes hacen su fortuna en callejones oscuros.

Como si fuera poco, medios internacionales llevan semanas reportando que **Maduro estaría a punto de privatizar parte de la petrolera estatal, PDVSA**, ni más ni menos que la joya de la corona, como medida de emergencia ante la crisis económica.

Había una broma en los países de la antigua Cortina de Hierro durante la caída del comunismo. "¿Qué es el socialismo?", preguntaban.

Respuesta: "El camino más largo para llegar del capitalismo al capitalismo".

Pero está por verse si estas medidas, adoptadas más por desesperación que por estrategia, anuncian una liberalización real de la economía o serán usadas por Maduro, más bien, para tomar oxígeno. El respiro le permitirá reestructurar algunas deudas, reducir el desabastecimiento y desescalar el descontento, al menos por un rato. Tendrá cuerda para sostenerse un tiempo más; si mucho o si poco, está por verse. No se la merece, por supuesto, pero a un pueblo que ha estado asfixiado, una bocanada de aire le hace olvidar momentáneamente cualquier otra consideración. Así lo explica el manual del despota. Por eso, ese respiro es engañoso. El régimen pretenderá usarlo ahora que está en su punto más crítico de desgreño e ilegitimidad para agarrarse con más fuerza al poder. Contará con vergonzantes apologetas internacionales, como los españoles Zapatero y Sánchez, este último contradictor de Maduro hasta que necesitó a la extrema izquierda de su país para negociar la presidencia.

¿Y pensar que esta coexistencia de la miseria con la ostentación más vulgar se conquistó bajo el discurso chavista de la lucha contra la desigualdad! Discurso respaldado por reputados intelectuales como el nobel Stiglitz, quien este fin de semana, en Cartagena, habló mucho de esa lucha, pero poco de sus resultados venezolanos. Pues resulta que, según un estudio de 2018 que dejó "aterrorizados" a sus autores, Venezuela es hoy, por encima de Haití, el país más desigual de la región más desigual del mundo. Tanto inventar para terminar peor que antes.

[@tways / tde@thierrywnet](https://twitter.com/tways/tde@thierrywnet)

Casi el último



Barataria
Juan Esteban Constaín

George Steiner, que murió ayer en Inglaterra a los 90 años, contaba alguna vez en una entrevista para la televisión alemana, y en un alemán perfecto, que su padre le leía todas las noches una traducción francesa de la *Iliada*. Hasta que un día le dijo que el libro estaba incompleto y que si querían seguir leyéndolo les iba a tocar hacerlo en la versión original, en griego antiguo. Fue así como aprendió esa lengua, a los 8 años.

La familia de Steiner pertenecía a la rica y refinada burguesía judía de Viena -la burguesía más poderosa y culta de la historia, quizás-, y en su casa se hablaba por igual en varias lenguas, al punto de que su madre, Elsie, podía empezar una frase en alemán para seguirla luego en francés y terminarla en inglés o en italiano, sin darse cuenta. Un amigo que los visitaba le dio un nombre más que obvio a esa casa: la Torre de Babel.

En 1924, los Steiner emigraron de Austria hacia Francia, convencido el padre de que después de la guerra, la Primera Guerra Mundial, la vida de los judíos iba a ser cada vez peor en su país y en Alemania. Fue esa una premonición sombría, mucho antes de que se abrieran las puertas del infierno. George Steiner, el hijo, nació a las afueras de París en 1929; allí estuvo hasta 1940, cuando viajó a Estados Unidos, huyendo del horror.

Fue allí donde se graduó del colegio y empezó su carrera como crítico literario, traductor y lector

insaciable, después de haber intentado estudiar física, aunque en vano, "pues mis matemáticas nunca fueron suficientes", según dijo en sus memorias. Su fracaso en las ciencias exactas lo hizo refugiarse en las humanidades, que cultivó con una generosidad y una pasión sin medida, hasta el último día de su vida.

Esa es sin duda la gran enseñanza de George Steiner: la del conocimiento como una de las formas más elevadas de la felicidad; la de la sabiduría como una posibilidad siempre incompleta y fallida, por supuesto, pero también la más bella de todas: una posibilidad que es más bien una aventura y un destino, una empresa cuyo premio está en el solo hecho de emprenderla, no en sus resultados. Para qué más.

Por eso, aunque el ámbito natural de George Steiner fue la academia toda la vida, su obra es un profundo desafío a la idea ruinosa de que para decir cosas importantes o profundas o necesarias hay que usar siempre un lenguaje arrogan-

te y esotérico, oscuro, agresivo, denso, vacío, empobrecedor. Al revés: para él el conocimiento estaba en la pasión, la claridad (una claridad luminosa y abrasadora), la belleza.

Y por eso mismo había que abarcar mucho con la lectura, no cada vez menos; aspirar a la totalidad, al universo, aunque nunca podamos. Con rigor, sí, pero también con ánimo festivo, sin hacer de la cultura un lastre, un objeto inalcanzable, agobiante y aterrador. Hay dos maneras de celebrar a los clásicos: como algo vivo, por suerte, o como algo muerto y sacrosanto, por desgracia. Steiner prefería lo primero, y así lo dijo siempre.

También decía que él no era nada sino un buen carterero: la voz certera que sabía llevar, con su entusiasmo y sus comentarios, el prodigio de los clásicos a las manos, y al alma, de cualquier lector. Los libros nos acogen como inmejorables anfiteatros, decía, pero cada huésped tiene el derecho de saber dónde quiere estar. No creo que haya una definición mejor que esa de lo que es o debería ser la crítica literaria; la literatura.

Ya casi no quedan en el mundo sabios como George Steiner, quizás él fuera el último de su especie: una civilización entera que se apaga con su nombre.

Y el último apaga la luz. Pero como nos lo enseñó toda la vida él mismo, en los libros sigue ardiendo para siempre. Basta abrirlos, una vez más.

catuloelperro@hotmail.com